

En las

Bodas de Oro Sacerdotales



del

R. P. Cecilio Arboleda Llorente
Sacerdote Vicentino

Cali, Parroquia de San Vicente, 12-VII-64.



**R. P. CECILIO ARBOLEDA
LLORENTE,**
Sacerdote Vicentino

Roma, a 4 de Julio de 1964

Reverendo Padre y querido Cohermano:

la gracia de N. S. sea siempre con nosotros.

Con ocasión de sus cincuenta años de sacerdocio, me es grato enviarle, en el nombre de la doble Familia de San Vicente, mis felicitaciones más afectuosas y de expresarle a la vez nuestra viva gratitud por cuantos servicios ha prestado usted a nuestra Congregación desde el año 1914.

En la Santa Misa del 12 de Julio, lo encomendaré de modo especial a Nuestro Señor, y de todo corazón me uniré con usted y con sus Cohermanos de Cali para agradecer a Dios por todas las Gracias que se ha dignado concederle durante este medio siglo de ministerio.

Aprovecho esta feliz circunstancia para mandarle la Bendición de San Vicente como garantía de su celestial protección. Y, encomendándome a sus caritativas oraciones, me suscribo, en los Santos Corazones de Jesús y de María Inmaculada,

Su humilde Cohermano,

(Fdo.) WILLIAM M. SLATTERY, i.p.d.l.m.
Sup. Gen.

Rvdo. Padre Cecilio Arboleda, C. M.,
Superior de los Padres Vicentinos.
Carrera 19 Sur, 5S-19, CALI.

Cali, Julio 20 de 1964

Muy honorable Padre General:

La Gracia de N. S. Jesucristo siempre nos acompaña.

Animado de profunda gratitud presento, al muy Honorable Padre, el filial homenaje de adhesión y confianza.

El día de mi Jubileo Sacerdotal, el 12 de Julio, en acto solemne de congratulación de la Familia Vicentina de Cali, por las gracias y mercedes de Dios recibidas en medio siglo de servicio sacerdotal en las Obras de la Comunidad, se dio lectura al paternal mensaje del Padre General a uno de sus amantes y adictos colaboradores.

Este mensaje fue el mayor galardón de la fiesta sacerdotal y vicentina, anuncio del galardón eterno. Porque la unión del Padre General, con intención especial en su Santa Misa, al Santo Sacrificio ofrecido por mí solemnemente el 12 de Julio, junto con el envío

de la Bendición de San Vicente, son garantía de la aceptación divina del medio siglo de labores, y de la protección celeste en el próspero curso de la amada vocación hasta gozar del precioso don de la perseverancia final.

Cuánto le agradezco, amado Padre General. Sabré retribuirle con las asiduas "oraciones caritativas" del fiel y buen hijo de San Vicente.

Quedo en el corazón de Jesús y en el de su Inmaculada Madre, adicto hijo y deseoso servidor,

(Fdo.) CECILIO ARBOLEDA, C.M.

Al muy Honorable Padre General

Guillermo Slattery, C.M.

ROMA — Vía Pompeo-Magno, 21.

Oración gratulatoria

pronunciada por el Reverendo Padre Agustín Ayalde,
Sacerdote Vicentino.

“Fecit mihi magna qui Potens est” (S. Lucas, 1-49).

“El Todopoderoso ha hecho en mí grandes maravillas”

Para acceder a la delicada invitación del P. Bayona, entusiasta organizador de estas solemnidades, y por tratarse de mi viejo amigo, admirado cohermano, prestantísima unidad de nuestro clero, me atrevo a asumir el delicado encargo de exaltar los méritos del P. Cecilio Arboleda, que hoy celebra sus Bodas de Oro sacerdotales, sin herir la modestia del cumplido religioso cuya fecunda vida ha corrido siempre por los rieles de la sencillez y de la humildad, cual verdadero hijo de San Vicente que nos dejó esta sabia consigna: “Haced todo el bien que esté a vuestro alcance, con el menor ruido posible”.

Hablaré, pues, de las excelencias del sacerdocio; tema siempre nuevo, siempre fecundo en enseñanzas para todos y si, a pesar de mi impericia, puedo presen-

taros una idea, aunque pálida, de la grandeza del sacerdocio católico y mostraros al P. Arboleda como insigne formador de sacerdotes, creo que hago de él el más honroso panegírico, ya que el sacerdocio es el más grande don del Corazón de Jesús puesto en manos de algunos hombres para cooperar con Cristo en la obra divina de la Redención, y formar sacerdotes es, en sentir de S. Vicente, una obra tan divina que no hay otra en la tierra que se le parezca.

Jesucristo, según la enseñanza de San Pablo, fue constituido por su Padre, el único, perfecto y eterno sacerdote: "Tu es sacerdos aeternum" para sustituir con su sacerdocio y sacrificio, el sacerdocio y sacrificios figurativos de la Antigua Ley, incapaces de satisfacer a la justicia divina y de hacer justos y perfectos a los que los ofrecían. Por eso desde su entrada en el mundo dijo a su Padre: *No te han agradado los sacrificios y holocaustos por el pecado! Heme, pues, aquí que vengo a cumplir tu voluntad.* Por esa voluntad divina somos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo hecha una vez en la Cruz. *Mas consumada su oblación por el rescate del mundo, sube Jesús al cielo, donde está sentado para siempre a la diestra del Padre.* (Heb. X). ¿Desaparecerá el sacerdocio aquí en la tierra una vez que el Eterno Sacerdote, Jesucristo franquee las puertas de la eternidad para entrar en los esplendores de la gloria? ¿Quedará incompleta la Nueva Ley, reducida al mero recuerdo de un sacerdocio ausente? De ninguna manera. El pueblo cristiano no puede ser inferior al pue-

blo judío, ni la Iglesia de Cristo quedar vacía de todo sitio sagrado; antes será enriquecida con un sacerdocio que recuerde, personifique, perpetúe el sacerdocio de Jesucristo.

En efecto, desde los primeros días de su vida pública, N. S. reúne en torno suyo un grupo de escogidos Apóstoles, que serán los confidentes de sus más íntimos pensamientos, sus legados ante los pueblos, sus amigos predilectos, a quienes promete poderes divinos, y cuando llega la hora de coronar en ellos la obra comenzada, los lleva al Cenáculo de Jerusalén, feliz testigo de la primera Misa, de la primera ordenación y de la unión tan estrecha entre la Eucaristía y el Sacerdocio, que la Eucaristía se extinguiría sin el sacerdote, y éste no tendría razón de ser sin la Eucaristía. Allí al conjuro de unas palabras de eficacia sin igual, "*Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Haced esto en memoria mía*", se produce un doble milagro: la transubstanciación del pan en el cuerpo y del vino en la sangre de Cristo en estado de víctima, y la impresión indeleble en el alma de los Apóstoles del sacerdocio de Cristo.

Hoc facite —haced esto—, es decir, así como ya he producido la Eucaristía y celebrado el sacrificio de mi cuerpo y de mi sangre, así también vosotros, con el poder que es confiero y el mandato que os doy, reproducid el mismo sacrificio para remisión de los pecados. Y como la Eucaristía es la gracia sustancial y total porque contiene a Cristo, autor de la gracia, la

fuelle de donde se derrama a los hombres las gracias particulares, al haceros ministros de ella, quedáis constituidos en dispensadores oficiales de la gracia en todas sus manifestaciones. En otras palabras, os concedo un triple poder: un poder creador, que os hace cooperadores de mi Padre; un poder redentor, que os constituye continuadores de mi obra; un poder santificador, por el cual sois órganos del Espíritu Santo. Verdaderamente *magna sacerdotum dignitas* que obliga a la humilde creatura investida de ella, a exclamar con la Sma. Virgen *Fecit mihi...*

I — Poder creador del sacerdote.

¿Quién no se ha sentido arrebatado de admiración al leer el primer capítulo del Génesis? Una sola palabra de Dios, *fiat*, arrojada a la nada, como semilla omnipotente hace surgir de ella tesoros de existencia y de vida: seres inanimados, seres animados, el hombre; todo obedece a la voz omnipotente del Creador *ipse dixit et facta sunt*. Pero hay otra creación más maravillosa, suscitada por una palabra más fecunda, al soplo de un creador más poderoso. Esa creación es el mismo Jesucristo Dios y Hombre, hecho presente bajo las especies sacramentales; ese nuevo creador, es el sacerdote, y esa palabra más fecunda en maravillas, es la palabra eucarística: *Hoc est corpus meum*. Contemplad al sacerdote inclinado sobre el altar para ofrecer el sacrificio, identificado en todo con Jesucristo en cuyo nombre obra. La palabra que pronun-

cia no es semilla de mundos, sino una semilla de Dios, arrojada no sobre la nada para poblarla, sino sobre una criatura preexistente, la sustancia del pan, para reducirla en cierto modo a la nada, y hacer salir de ella al Dios hecho Hombre, que en ese momento y en esa hostia empieza a estar presente con todas las riquezas de su divinidad para darse a los hombres: *tomad y comed, tomad y bebed*. He aquí la fuerza creadora del sacerdote. ¡Qué poderosos son los labios, cuyo soplo hace germinar en un instante el cúmulo de milagros eucarísticos! ¡Qué poder tan sublime es el mío!, exclama San Agustín: *¡Qui creavit me sine me, imse creavit se mediante me!*

II — Poder redentor.

Admirable es el poder creador del sacerdote, que lo asocia a la obra creadora del Padre, pero no es menos su poder redentor, que lo constituye cooperador del Hijo en su obra redentora. En efecto, Jesucristo vino al mundo para librar al hombre de tres esclavitudes: la esclavitud de la ignorancia religiosa, la esclavitud del pecado y la esclavitud de la pena, consecuencia del pecado.

Hizo lo primero, predicando por doquier su divina doctrina, enseñando a todos sus deberes para con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos, fustigando los vicios y presentando al mundo el espectáculo de sus admirables ejemplos. Hizo lo segundo, perdonando misericordiosamente a los pecadores arrepen-

dos como la Magdalena, San Pedro, el Buen Ladrón y estableciendo en su Iglesia el sacramento de la penitencia, para probarnos que no hay persona ni pecado a donde no llegue su generoso perdón. Hizo lo tercero, entregándose voluntariamente al dolor, a la muerte, para expiar por nosotros la pena debida por el pecado, y según la gráfica expresión de San Pablo: *Canceló el decreto de condenación firmado contra nosotros, clavándolo en la cruz.*

Pues bien, a esta obra tan grande de misericordia y de amor, asocia el sacerdote concediéndole idéntica misión, con idéntica misión e idénticos poderes! Oidle: *Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra. Como mi Padre me envió, así yo os envío a vosotros. Id, pues, enseñad a todas las naciones lo que yo os he mandado. Al que a vosotros oye, a mi me oye.*

En cumplimiento de esa misión, enriquecido con esos poderes, el sacerdote esparce la semilla de la verdad que redime al hombre de la servidumbre de la ignorancia, del error. Como el Divino Maestro, encuentra a su paso ciegos, a los que hace lucir la luz del Evangelio; sordos, a los que hace oír las suaves armonías de nuestros dogmas; paralíticos, a los que hace correr por el camino de la virtud, pues ha recibido el poder de hacer resonar la voz de Dios en la soledad de las conciencias para someterlas al suave yugo del Señor.

Pero sobre todo encuentra almas muertas a la vida

de la gracia. Para éstas ha recibido el sacerdote el poder de ser ministro de resurrección y de vida: *A aquellos a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados*, que le permite repetir mil veces el milagro de la resurrección de Lázaro. Ante esos cadáveres morales, hediondos por la fetidez de los vicios, pero libres ya por arrepentimiento de las ataduras del pecado, el sacerdote con la misma voz omnipotente de Jesús dice a esas almas: *Rompo esas cadenas, te perdono tus pecados, te vuelvo a la vida de la gracia. ¡Lázare, veni foras!* Repitamos otra vez con San Agustín: *Admiro la creación del cielo y de la tierra, pero admiro aún más el poder del sacerdote que transforma en justo al pecador arrepentido.*

Y para completar la obra de liberación de que está investido, el sacerdote recibe otro poder. El pecado es un delito que merece una pena; con el poder de perdonar la culpa que lo libra también de la pena eterna, tiene el poder de remitir la pena temporal que aún quede... Para eso sube diariamente al altar a ofrecer el sacrificio de expiación, que pone en sus manos las llaves de los méritos infinitos de Jesucristo para pagar con ellos la deuda del pecador. De este modo maravilloso continúa el sacerdote la obra redentora cumplida por Jesucristo con su predicación, su perdón y su expiación.

III — Poder santificador.

La santificación de las almas, obra de amor, es es-

pecialmente atribuida al Espíritu Santo, amor sustancial del Padre y del Hijo. Así dice San Pablo: *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum que datus est nobis*. Ahora bien, el sacerdote ha sido establecido por Dios, dispensador ordinario de la gracia y, por lo mismo, tesorero del Espíritu Santo.

En efecto; en la economía de la Divina Providencia, los sacramentos son los canales por donde de preferencia corren hasta nosotros, desde el océano infinito del Corazón de Jesús, las aguas de las gracias que nos santifican desde nuestra entrada en el mundo, por el bautismo, hasta nuestra salida de él, por la extrema unción. Y ¿quién es en la Iglesia el ministro oficial de los sacramentos y sacramentales, sino el sacerdote? Por sus manos pasan todas las bendiciones que santifican las almas, como se lo dice el Obispo al consagrarlas: *Dignaos, Señor, consagrar y santificar estas manos... para que todo lo que bendigan, quede bendito y santificado en nombre de Jesucristo Nuestro Señor*.

Con la gracia de que es dispensador, santifica las almas de la Iglesia militante, alcanzándose primero con la oración litúrgica del Oficio divino y con la celebración de la Santa Misa, sacrificio de impetración; las dispone a recibirla con la predicación y la catequesis; la distribuye, en fin, con la administración de los sacramentos y sacramentales tan abundantes en nuestra Liturgia. Con esa misma gracia consuela y alivia

a los habitantes de la Iglesia purgante. Preguntad a las almas del Purgatorio, de quién reciben alivio en su prisión y quién al fin rompe sus cadenas para volar al cielo, y os responderán que del sacerdote. cuando les envía desde el altar eucarístico los méritos de la sangre redentora con que pagan su rescate. Finalmente, ¿quién puebla a la Iglesia triunfante? Ciertamente la gracia divina, única capaz de comunicarles la plenitud de la vida. Pero esa gracia se les comunicó en la tierra por el canal del sacerdote, director nato de todas las almas justas, que las guió seguras por los difíciles caminos de la santidad. *El sacerdote, dice San Próspero, les abrió las puertas del cielo, y Jesucristo las recibió en sus brazos, de manos del sacerdote.* Por eso, toda alma cristiana pide a Dios como una suprema gracia, que junto a su lecho de muerte se halle el sacerdote para que le dé la orden oficial de la partida. *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo,* segura de que el término de ese viaje será la ansiada patria celestial, donde verá a la augusta Trinidad en quien creyó, esperó y a la que entrañablemente amó. He aquí esbozada a grandes y toscos trazos la sublime dignidad del sacerdote.

Mas este hombre tan grande, tan privilegiado, tan necesario en la actual economía de la gracia, que sin él no hay ni predicación, ni sacramentos, ni sacrificio, no nace como fruto espontáneo de la naturaleza, ni es oficio que lo hace el que quiera, sino que es vocación divina, como dice el Apóstol: *Nec quisquam su-*

mit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo. Y a este elegido hay que formarlo esmeradamente en las ciencias humanas y divinas, porque debe ser *lux mundi*; hay que saturarlo de todas las virtudes, porque debe ser *sal terrae*, antes de presentarlo al Obispo para que le confiera tamaña dignidad, pues él pregunta al Arce-diano que se lo presenta en nombre de la Iglesia: *¿Scis illum dignum esse?*, y sólo con su respuesta afirmativa procede a imponerle las manos, acordándose de las palabras de San Pablo: *Manus cito nemini imposueris.*

¿Y quién debe formar a esos sacerdotes? Según otra misteriosa disposición de Dios, esa delicada misión está encomendada a otros sacerdotes, especialmente escogidos por la Iglesia, a los que exige un cúmulo de cualidades excepcionales, ya que han de darle sacerdotes según el Corazón de Dios, de quienes dependen la gloria de Dios, el honor de la Iglesia y el bien de las almas.

Vos, Padre Arboleda, habéis sido a través de estos cincuenta años, uno de esos sacerdotes privilegiados a quienes confió Dios lo más delicado de su Iglesia, cuales son los jóvenes candidatos al sacerdocio, porque halló en vuestra clara inteligencia focos de luz sacerdotal y en vuestro noble corazón, la sal de la virtud que sazona las almas y las conserva en medio de la corrupción del mundo en el que tienen que vivir y trabajar.

Enriquecido con múltiples conocimientos en las ciencias humanas y divinas, poseedor del raro talento del buen decir, saturado del genuino espíritu de San Vicente, habéis consagrado casi en su totalidad los cincuenta años de vuestro sacerdocio, a la formación de sacerdotes. Nuestra Escuela Apostólica de Santa Rosa, el Seminario de Ibagué y, sobre todo, el de Popayán, del que fuisteis ilustre Rector durante largos años, son testigos abonados de vuestros desvelos y constancia para iniciar a los alumnos en los secretos de las lenguas clásicas, en los problemas de las matemáticas, en las aplicaciones físicas y químicas, con la agilidad y precisión de un maestro dueño de su ciencia. En vuestras clases de Filosofía, Teología, Sagrada Escritura, pudieron los alumnos del Seminario Mayor oír al sabio profesor, que a su gran erudición juntaba el acertado juicio e n la apreciación de los principios y su aplicación a la práctica. Pero más que la ciencia, vale la formación espiritual. Cuántos mayoristas os deben la perseverancia en la vocación porque encontraron en vos el prudente consejo que disipó dudas, la paternal admonición que corrigió desvíos, el ejemplo de una vida sacerdotal consagrada al deber que estimuló el esfuerzo generoso. Por eso hoy, cuatro dignos Obispos, unos doscientos sacerdotes del clero secular y de nuestra Congregación, bendicen vuestro nombre y elevan a Dios oraciones fervorosas por el exigente Rector, el sabio Maestro, el bondadoso Padre que la Providencia puso en su camino para ser lo que son hoy: vuestro gozo y vuestra mayor gloria ante Dios y ante la Iglesia.

Trabajos, penas, hasta ingratitudes y desilusiones os ha costado la obra, pero en todo tiempo os ha sostenido la alentadora promesa del Espíritu Santo: *los que enseñan a los demás el camino de la justicia, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades*".

Del sacerdocio fue investido el P. Arboleda hace hoy cincuenta años en esta misma ciudad, de manos de Mgr. Perlaza y al sacerdocio ha sabido corresponder ampliamente. Cooperador del Padre en la siempre digna celebración de la Misa. Continuador del Hijo en el ministerio de la palabra, que ha hecho de él uno de nuestros más elocuentes y castizos oradores; palabra que prodigó hasta que la quebrantada salud lo obligó a callar. Ministro del Espíritu Santo en la santificación de las almas por el Sacramento de la Penitencia, al que aún se dedica con asiduidad a pesar de sus dolencias. Sacerdote como lo deseaba San Vicente cuando decía: *El Sacerdote no puede tener punto de reposo mientras haya almas que salvar, y mil veces dichoso si muere con las armas en la mano.*

BRINDIS

ofrecido por don José María Otoyá Rengifo, en el banquete al R. P. Cecilio Arboleda Ll. en sus Bodas de Oro.

Reverendo Padre Arboleda:

Por razón natural me corresponde levantar la copa, en esta fecha memorable, para brindar por la felicidad, salud y conservación del ilustre sacerdote que en este día celebra sus bodas de oro. Pero al hacer el brindis lo hago con el alma, con toda el alma, haciendo de ella el vaso que sólo se llena con eternidad —vas spirituale—, eternidad que lo colma y que ya ha sido abrevada por tantos y tan queridos seres idolatrados que desde el cielo estarán unidos a nosotros y no podrán menos de repetir con María, la Privilegiada del Altísimo: *Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se extasia de gozo en Dios mi Salvador, porque ha mirado la bajeza de su sierva.*

Cincuenta años al servicio de la Iglesia, de la Patria, de la juventud, de la sociedad y de la familia inculcando en ellas la doctrina del Crucificado y predicando con el ejemplo y la palabra, bien merecen la exaltación que dignifica y la gratitud que subyuga. La

albura de la nieve que exorna las sienes de este cerebro de oro que con munificencia extraordinaria se da grano a grano a la humanidad para encender en su espíritu la viva llama de la fe, de la esperanza y de la caridad, pues a su paso va sembrando el bien y sus manos inmaculadas que día a día alzan el cuerpo de Cristo para que lo adoren los fieles congregados en torno suyo, **siempre se tienden misericordiosas** para levantar al caído y guiar a quienes han menester de una luz para enrumbarse al puerto seguro de la salvación en el mar proceloso de la vida.

Y cabe aquí hacer copartícipe de este agasajo del espíritu y del afecto a Sor Cecilia Arboleda, hija también de San Vicente de Paúl, quien ha consagrado su vida por entero al servicio de los menesterosos, dechado de virtud y caridad, que va por el mundo haciendo el bien en silencio, con amor, con abnegación inaudita de acuerdo con el precepto del manso Nazareno que pedía que la mano izquierda ignorara siempre la dádiva de la derecha.

Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia y para quienes el Maestro Valencia, al subrayar un pasaje de la vida de un varón de virtudes que se hallaba en pie de igualdad con estos dos astros de la Iglesia de Cristo, no pudo menos de exclamar: Quien trocó la risueña primavera por el caduco otoño merece admiración, merece gratitud, merece lágrimas.

Alocución de ofrecimiento del banquete sacerdotal pronunciada por el R. P. Filemón Bayona, C. M.

“El recuerdo es una suave y amable luz interior que embellece todas las cosas”.

Por voluntad de los Padres y Hermanos de esta casa me cabe la fortuna en estos momentos de recoger el eco de todos los parabienes, besamanos y plegarias que en esta efemérides jubilar os brindan la residencia de Cali, la Provincia de Colombia y la Congregación entera hoy mismo desde Roma.

Títulos para ello abundan en vuestra personalidad, y si a lo humano vamos, claros son los timbres de vuestra ricahombría, desde aquel egregio repúblico don Sergio, *paradigma de austeridad y altruismo; modelo de energía, de valor, de trabajo y estudio; ejemplar de espíritu republicano, vale decir, de consagración a la beneficencia y a la prosperidad pública; esforzado paladín de las ciencias y de la literatura; y más que todo y por sobre todo, hombre de Cristo...* hasta aquellos austeros varones de gran espíritu evangélico y vicenciano que respondieron a los nombres muy conocidos y mejor amados de Manuel Antonio

y Carlos Arboleda: honra y prez ellos sí como vos, señor, no sólo de su estirpe sino también de su familia vicentina.

Pero más que todo lo que en verdad constituye hoy por hoy para vuestra alma la mayor gloria y la auténtica ufanía, es vuestro sacerdocio. Desde aquel día memorable del 12 de julio de 1914 en que las manos trémulas del Prelado os ungieron aquí mismo hombre de Cristo y otro Cristo, hasta hoy, vuestro corazón ha venido entonando este himno triunfal del Autor Inspirado: *Regué mi jardín e inundé mi campo labrantío, y mi campo de riego se hizo un río y mi estero se convirtió en un mar. Más que la aurora quiero que brille mi doctrina y la haré resplandecer hasta muy lejos. Ambiciono expandir mi enseñanza como profética intuición y legarla a las generaciones remotas. Ved cómo no laboro sólo para mí, sino para todos los que buscan la sabiduría. (Ecli. 24). Y en verdad, dice Bossuet, para hacer bien un río basta que no se desborde...; fluyendo dulcemente por su cauce modesto y silencioso no deja de regar la tierra y de brindar sus aguas para provecho de los hombres. Así el sacerdocio, sin ponerse en peligro de descaminarse con ideas exóticas, trata de llegar muy lejos por sus palabras y sus sentimientos de bondad y por sus actuaciones modestas ostenta siempre una caridad infinita. No está mal por eso aquel otro símil: Sacerdote, apóstol y maestro, eres vaso de oro bruñido rebosante de fuego: si éste crece, el recipiente no puede contenerlo*

y se derrama entonces incendiando cuanto toca. Y el otro, símbolo de abnegación y de sacrificio: Sacerdote, eres también soldado... Y ser soldado es tener hambre y no comer, tener sed y no beber..., y cuando ya no puede llevarse a sí mismo, echar a sus hermanos heridos a la espalda. Qué bien entonces recordaros aquí la imagen que de vuestro fundador trazó la pluma de Bossuet y que ha sido —sin atisbos de lisonja— la vuestra: Varón apostólico y admirable que atrajo sin quererlo ni sospecharlo siquiera las miradas de todos, grandes y pequeños. Sacerdote ejemplar en su vida íntima por la práctica heroica de las virtudes propias de su estado; sacerdote ejemplar por el edificante ejercicio de su ministerio ora en el altar, ya en el tribunal de la penitencia, o bien desde la cátedra de la verdad como vocero infatigable de Cristo, disertó siempre y de atractiva amenidad, en razón precisamente de su desconcertante sencillez.

Es cierto que a través de vuestra vida sacerdotal habéis trasegado como abeja solícita libando el néctar de la buena literatura y de las ciencias ;herencia al fin...!); es verdad que vuestros ojos se han gastado huroneando en las bibliotecas y buceando en el mar sin fondo de la filosofía, del derecho y de la teología, porque al fin y al cabo las letras son para un alma de selección el aroma de la juventud, la espada de la edad viril y la gustosa remembranza de los posteriores años de la vida, en frase del dulce Lacordaire. Pero todo esto nada o muy poco dice frente a esta ci-

ma dorada de vuestro sacerdocio. ¡Qué dilatada y qué espléndida ha sido esta trayectoria..., cargada de recuerdos, orlada de méritos y aureolada ya con los atisbos nostálgicos, sí, pero embriagadores de la eternidad...!

Alcemos esta copa del vino fraternal, Señores, y con el regusto de la genuina amistad brindémosla por el bienestar personal de nuestro festejado, por la áurea jornada de su prestigioso apostolado sacerdotal y porque Dios colme para él la medida con las perennes nupcias del Cordero.

Palabras de agradecimiento

del R. P. Cecilio Arboleda Llorente

Estas amables solemnidades de congratulación conmemoran un período de cincuenta años de vida y servicio sacerdotal, animadas de delicadeza y elevación, que agradezco y aplaudo por el ideal sublime que se ensalza y por los sentimientos de fraternidad y gratitud que las inspiran: demostraciones de piedad, aprecio, adhesión y cariño al ministro de la Verdad, del Perdón, de la Gracia y de la Gloria.

I. — Sapiientísima doctrina entraña cuando la caridad solícita sugiere y ordena. La Iglesia y la Comunidad Vicentina, a la lumbre de la Fe que obra por la Caridad, vivamente interesadas por su conservación y progreso en toda línea de servicio y actividad evangélica, ponderan como la más fausta garantía de prosperidad en el reino del Salvador, la posesión de sabios y santos sacerdotes, la adquisición indeficiente de nuevos apóstoles ungidos por la ciencia y por la gracia, apercebidos del ilustre poderío actual y virtudes eternas que el combate espiritual de conquista y las obras de su alta vocación reclaman.

Así que en las BODAS DE PLATA y BODAS DE ORO sacerdotales, autorizadas por la Iglesia, se festeja con entusiasmo, no tanto la sublimación de los agraciados a la imponderable dignidad, el hecho de celebrar excelsas funciones, cuanto la correspondencia tesonera del siervo de Dios a la Gracia, el respeto deificante al carácter sacerdotal, correspondencia y respeto eternamente glorificadores; se exalta la fidelidad a los deberes íntimos que labran y conservan eminente la personalidad, base insustituible de la confianza pastoral; se honra la fidelidad a las funciones esenciales del ministerio, nunca sacrificadas, ni pospuestas; se encomia la capacidad de sacrificio, la perseverancia hasta la cruz abrazada con amor, en el ejercicio pleno del testimonio y de la misión apostólica. Porque si en todo estadio de compromiso social la fidelidad al deber es el honor y constituye el bien común, la bienandanza de las sociedades; la fidelidad de los llamados al trabajo insomne en la mies del Señor, hasta exprimir el propio corazón para su riego en surcos de redentoras perspectivas..., la perseverancia santa de párrocos y misioneros, maestros y santificadores concurre más que otra causa y acción a mantener floreciente el imperio de la verdad y de la justicia, la vitalidad del Cuerpo Místico de Cristo, así como la lozanía en él de nuestra amada Provincia Vicentina. De forma que el alma del sacerdote edificante o santo —¡otro Cristo!— es el alma de la más alta cultura y civilización perdurables, de la auténtica grandeza epónima de un pueblo escogido, pues acatado el cristiano sacerdocio en su total predominio espiritual

y laico, la gracia vivifica la cristiandad triunfante, que se mueve en alegre paz laboriosa o en vivir y luchar de testimonio resuelto, de martirio, quizá cruento, pero siempre fecundo; acatado el sacerdocio, se mueve la cristiandad a la conquista del Mundo Mejor, que hoy en lontananza presenta y alumbra la cúpula radiante del Vaticano, cuyo esplendor de aurora, con Juan XIII y Paulo VI, invade y conquista todos los horizontes.

II. — Fortuna mía para perseverar en el delicado y sublime encargo sacerdotal, la formación de vocaciones en la Comunidad Vicentina y en las Diócesis de Ibagué, Popayán y Cali, ha sido que me tocara trabajar en planteles como los Seminarios Conciliares y la Apostólica de Santa Rosa de Cabal, organizados y regidos a la luz de la pedagogía clásica, tradicional y progresista según la mente de los reinantes Pontífices de Roma, providenciales a cada época, y animados siempre nuestros planteles de buen espíritu patrimonial por la experiencia nobilísima y la discreta pastoral legada por los sabios y virtuosos Superiores en el período de mi afortunado sacerdocio: cuatro Obispos, doscientos nuevos sacerdotes en la jerarquía de la Iglesia, al ascendiente de los magnánimos Padres Visitadores: Juan Floro Bret, José Pron, Martiniano Trujillo, Antonio José Reyes y Eduardo Arboleda; y de los Rectores magníficos: Juan Bautista Sttapers, Guillermo Rojas, Manuel Antonio Arboleda, José Antonio Ruiz, José María Guerrero, Claudio Merle, Francisco Antonio Hernández, Víctor Prades, Enrique

Fourcans, Guillermo Kerremans y Pedro Berit. Principes de la Iglesia: Manuel Antonio Arboleda, preclaro Arzobispo de Popayán y Guillermo Rojas, célebre primer Arzobispo de Panamá; y todos mis Superiores, de historia insigne, de memoria consagrada y dulcísima que abrasa el agradecido corazón mío, que por ellos vive con honra y sosiego la grandeza apesante del sacerdocio bienhechor. *Jugum meum suave est et onus meum leve: Mi yugo se ha hecho suave y mi carga liviana.*

Así la perseverancia en el cultivo de las vocaciones ha sido el *juge convivium* bíblico, un continuo festín espiritual de la inteligencia, del corazón, del obrar vividor y relevante, fiesta germinal en la eterna primavera de la juventud, esperanza de la grey. Acrecida mi fortuna por la nobleza de las almas, objeto de solitudes docentes y porfía fervorosa en la ardua forja de alas para el vuelo de altura a todos los horizontes... , almas en quienes se perpetúa, gallardamente en las selectas, obispos, religiosas, sacerdotes, caballeros de la cruz, el ideal y la esperanza del preceptor y apóstol cristiano, que animaron diez lustros de educación sacerdotal; acrecentada mi fortuna por la bizarra benevolencia y cooperación de la ciudad o región en que el Seminario o la Apostólica descollan, fánal sustentador de tradicional y cristiana cultura, dueña del porvenir, que orienta desde las entrañas de la raza con avizora conciencia de su destino.

III. — Si se supone la perseverancia mía, que in-

timamente me regocija, dotada de merecimientos dignos de ser loados, se debe a la unión que en las Casas Vicentinas reina, unión de los obreros entre sí y con la autoridad que los gobierna; unión a la dirección eminente de los Prelados, eximios y benévolos, causa primera de la organización vital y de la fortuna próspera de los Seminarios, que su grandeza nos confía y en ellos el porvenir de las Diócesis y de la Patria. Esta creadora unión Dios la bendice, secunda y retribuye con mercedes copiosas, en fastos memorables, aunque haya un miembro como el hoy elogiado en gentil desvío, que no con toda venturanza raye a la altura de los máximos compromisos, y que sin embargo comparte la gloria que granjea la edificante unión de la familia religiosa a que pertenece.

Y es que la historia vicentina de servicio a Dios y a la Patria, en honor y fortuna del sacerdocio de Cristo y de los pobres de Cristo, no por modesta, deja de vivir con simpatía en los hogares enaltecidos por la educación de los jóvenes y la dirección de las almas, que imprimen franca y salvadora orientación espiritualista en la familia, ambiente de vocaciones futuras, y vive esa amable historia en las parroquias presididas por sacerdotes sabios, prácticos y ejemplares, que promueven y organizan la vida cristiana, la paz social, la atención al pobre, con las obras benéficas y el espíritu de San Vicente de Paúl. Espíritu tutelar que he visto tallar corazones como diamantes claros y recios de religiosas, damas y caballeros, adalides del amor generoso, en servicio organizado de los pobres,

en este medio siglo de labores vicentinas. Labores que forman doctrina, estatutos que brotan en las mentes selectas asociadas, con eficacia natural y fácil, en la forma espontánea y poderosa de la sencillez y caridad evangélicas: testigos son de cautivante prestigio las numerosas obras pías y sociales de las Hijas de la Caridad, de las Señoras de la Caridad, de las Luisas y de las Conferencias de San Vicente de Paúl, a cuya eximia labor abnegada he siempre cooperado con vivaz simpatía fraternal.

IV. — Luego la Iglesia y la Comunidad festejan un hecho por sí dignificante y laudable: la perseverancia en la vocación vicentina, en el cumplimiento asiduo y regular de deberes y funciones de suyo santificadoras, vitales en el servicio de las almas, de las clases sociales y de los pobres socorridos eficaz y cristianamente; festejan el persistir de este pámpano menesteroso, ávido de vida y de acción, en la cepa vicentina trisecular y lozana, que lo alimenta con su savia y lo cubre con el honor de sus flores, fruto de los robustos sarmientos feraces.

Luego todos estos loores elocuentes de jubileo sacerdotal pertenecen a la Comunidad que bondadosamente me orienta en su seno; que sabiamente dirige y hace prosperar sus obras y con inteligente, discreta benevolencia sabe aprovecharse a sazón hasta del deficiente concurso de un miembro amado siempre y precioso, aunque no llegue a la perfección. ..., que todo corazón sacerdotal sacrificado, no por pequeño, de-

ja de palpitar en la hostia redentora que diariamente eleva a fecundar los surcos de las más arduas esperanzas.

Acepto, pues, para mis superiores y hermanos que con sus virtudes, tolerancia y aciertos han dado en el período sacerdotal hoy conmemorado, grandeza a la obra común y esperanza a mi vida de unión a ellos, todos estos amables y elocuentes homenajes de la fraternidad espiritual al sacerdocio vicentino, y en él, al excelso sacerdocio de Jesucristo.

Y si participar de un mismo vino generoso como en el adorable misterio y festín eucarístico, es prenda de unión vivificante y eterna, acepto esta copa, obsequio de fervorosa fraternidad sacerdotal, en brillante y disertada oración ofrecida por el admirado padre Filemón Bayona, rogando a Cristo Sacerdote y Rey, a San Vicente de Paúl, principio eminente y ejemplar de nuestra misión y fortuna en el sacerdocio, que la más constante bienandanza haga dichosos los vínculos de hermanos y de amigos que nos unen en su amor, nos unen al servicio de la Santa Madre Iglesia en la amada y gloriosa Provincia Vicentina de Colombia.

A nuestro Padre y Familia Inmortal de misioneros e Hijas de la Caridad, orgullo y esperanza mía; a los sacerdotes, discípulos esclarecidos, gozo y corona nuestra; a mis parientes predilectos aquí presentes, de pre-

clara significación en mi vida y en el nartesio de mis recuerdos; a mis amigos y bienhechores..., en Tí Dios Padre, todo honor y toda gloria, en unión del Espíritu Santo, por el augusto mérito de Jesús Hostia.

Ufano brindo a mi vez esta copa que estrechá la fraternidad sacerdotal y vicentina. *Ut sint unum sicut et nos UNUM SUMUS*. Vivan en la unidad como NOSOTROS SOMOS LA UNIDAD ESENCIAL.

¡SALUD!